

Instrucciones para acceder a Castalia

CARLOS CORTÉS

Yo lo conocí en 1980 y, por supuesto, en Castalia: la fuente de Apolo. En ese tiempo y para mi generación la cueva era una cierta extensión de Chelles y guardaba los secretos que tienen todas las casas, todas las casas viejas, de vidrios de colores.

Era muy fácil remontar la breve cuesta de Moras y en un circunloquio estar y llegar hasta la pequeña puerta de rombos de colores en el ventanal -que ahora estará tan solo en la imaginación de unos pocos-, donde se resumían los extraños y sumergidos fervores del habitante: a la par de una plegaria a la Virgen de los Angeles, una calcomanía del Frente Sandinista de Liberación Nacional: Ernesto Cardenal y Merlín, los unicornios y la historia. En una época, incluso, hubo un timbre que emitía el agónico canto del ruiseñor, pero creo que el propio Alfonso, harto de su inútil cursilería, decidió por fin estrangularlo.

Castalia es, era, fue, realmente, un corredor, con tres recintos casi ininterrumpidos, apenas divididos entre sí por tabiques de madera, por tabiques de sombra. El primero era una sala y una suerte de vestíbulo que venía del exterior; el siguiente, una especie de dormitorio, y, al final, un pequeño comedor que incluía cocina y fregadero. Todo el corredor y hasta el último recodo de las habitaciones servía de biblioteca, de estante, de reclinatorio, de capilla.

Jamás supe si, aparte de libros, algunos muy raros o muy escogidos, Alfonso guardaba ahí manuscritos de sus primeros libros, borradores, archivos de cartas o algo así.

El ambiente, por la misma exigencia de tener un cierto carácter de sótano, de entraña lobina, porque estaba quizá a metro o metro y medio del suelo, permanecía en una semipenumbra o un cierto brillo destemplado de cañería, hiriente ante la natural claridad de los ojos; que aumentaba, así lo veía yo, el halo de envolvente extrañeza, sutil elegancia, mesmérica lucidez y radiante inteligencia en el que siempre ha sabido rodearse Alfonso Chase: entre Manhattan o Manahatta -que dijera el viejo Walt en Al Partir de Paumanok- y Hatillo; entre Boris Pasternak y Rilke; entre José Martí y Joaquín García Monge.

Siempre pensé que el apartamento -Castalia- era una extensión de sí mismo. Se me olvida que los tres recintos y sus correspondientes divisiones se veían rematados por un pequeñísimo patio, que era casi un patio interior, casi un alero, y que sobre la tapia se dibujaba en el ladrilloso repello una vieja incrustación de piedra de una mansión que había olvidado su gloria. ¿Es esto verdad o lo he imaginado?

Sobre las loseta desconchadas que le daban asiento al patio -la construcción debía ser de ladrillo-, Alfonso se aplicaba con cierta regularidad a la tarea de escoger, entre los innumerables folios ajenos y propios que atesoraba, a la criba: a la separación de lo mutable de lo inmutable y por tanto memorable en archivos más duraderos que aquellos. Por lo general, se trataba de revistas y periódicos o impresos varios.

En la cocina-comedor-sala estaba una pequeña mesa de trabajo llena de los igualmente fetiches alfonsinos: cierta mitología de elementos celestes, algunos afiches -incluso, con colorido cubano-, lo necesario para fumar pipa, fotografías y dibujos, recortes, bocetos, flores secas, recuerdos turísticos, mensajes cifrados, cartas, y otros objetos de culto.

Una tarde, riéndose como un demonio malcriado, me enseñó la placa de metal robada de la calle Trocadero, Habana Viena, y me habló de Lezama Lima.

Los libros casi te obligaban a robarte alguno, aunque yo realmente nunca lo hice, quizá porque los que quise me los ofreció el mismo Alfonso o porque pensé que sobre la guarida se guardaba una suerte de conjuro irlandés que, ya fuera en el empedrado, el estuco o el hollín diario, se ocultaba como un espíritu maléfico o benéfico -todo depende-, que me mordearía los párpados si me secuestraba alguna joya.

Una tarde de diciembre -yo fui muy pocas mañanas a Castalia, porque las tattwas no fueron nunca propicias: ni en las mañanas ni en las noches- asistí al encuentro con el viejo Abraxas, con el equívoco Merlín. Más de una vez me fui anocheciendo, porque siempre pensé que de irme en plena noche no estaría a la altura de las circunstancias a menos que me enfrentara con Drácula o con la Soledad personificada en un caño lunar, en un gato que inexplicablemente no estaba, en una musiquilla faltante, que tampoco escuché, escrita sobre el agua lunar del asfalto.

Alfonso, como diría Lezama Lima, dominaba ingratamente el «arte de las persianas». Ahora sé que no entendí aquella ansiedad del viento entrechocando con las visillos cruzados, el contorno de las sombras en un repliegue de pasos tenues.

En verdad, yo no ingresé al último recinto de Castalia, al de la marmita sobre el fuego.

«El arte de las persianas»: Había un cierto código invisible que operaba en Castalia y era el código de los zapatos. La puerta de la cueva era extraordinariamente endeble y más de una vez pensé que, a pesar de algunas rejas que asomaban por entre los vidrios ahumados y los cartones sobrepuestos, no sería difícil botarla y contemplar horrorizado o maravillado, todo depende, lo que se ocultaba detrás.

Y aún me pregunto, con ustedes esta noche, qué es lo que había detrás.

Un animal mitológico, un coleccionista de relojes, un relojero, un milagrero, un hombre tan parecido a Juanito Mora que, entre las sombras de las cinco de la tarde, me espeluznaba esa transmutación del amigo escritor, del joven maestro, del viejo alumno, del judío de Manhatta de suaves modos y sonrisa enigmática en el prócer errante, en el genio o *djin* de la historia, en el héroe de la campaña nacional.

«El arte de las persianas». Este código de honor y de deshonor era particularmente interesante. La pequeña puerta de vidrio -como digo, ahumada- le permitía a Alfonso divisar en intersticios a su visitante, mientras que uno solo podía intuir con grandes destellos de incredulidad y de desconfianza y de inseguridad alguna sombra, que bien podía ser la claridad que emanaba lánguida, cándida y remota, del pequeño patio trasero.

Alfonso, sin embargo, había dejado una hendidura que le permitía ver los pies -los zapatos- del visitante y con ese dato bastaba para

saber de quién se trataba, y, al fin y al cabo, dejarlo pasar o no.

Pienso ahora que era o que pudo haber sido un juego que contaba inclusive con la complacencia, o complacencia, del enojado o cómplice o complaciente visitante rechazado o admitido.

Muchas veces fui yo el rechazado y veía contonearse las sombras detrás del humo petrificado del vidrio, sin saber si se trataba de Alfonso o de las luces murciélagas de la tarde. Pero también me tocó muchas veces hacer silencio, estando yo dentro de la cueva, mientras Alfonso hacía su ritual de no-abrir-y-abrir detrás de los visillos y de las berlinas del sueño, contemplando a la distancia la apresurada respiración del visitante que se iba por fin rendido ante la ineficacia de sus nudillos, perfilándose sombra entre las sombras contra la escarapaleada madera de la puerta de vidrios de colores de Castalia.

Y esto, más allá del *juego furtivo* del vacilón, era un juego, un pliegue de la amistad.

Castalia, ahora lo entiendo, más que una cueva viviente, más que un basement o sótano, era una época, una manera de ver el pop-ema de la era pop: *popesía*, *pop greso*, *pop profecía* de la modernidad que se convirtió en *post* historia: *popurrí* de revoluciones: la cubana, la cultural de China, la cultural de Estados Unidos, la de mayo en París, la corta primavera de Praga en Checoslovaquia, el largo invierno de Tlatelolco en México, la revolución del LSD y de la sicodelia, la de las palabras (Dios es Negra, Prohibido Prohibir, Todo Lo que Necesitas es Amor, Las Calles Tienen la Palabra, Soy Marxista de la Tendencia Groucho), la de la onda de José Agustín (que apreciamos en Mirar con inocencia) y la del boom de García Márquez y Cortázar: la de ALCOA ante las puertas de la noche:

O la única revolución posible: la insurrección solitaria en el abecedario encienito del yo: el tigre luminoso del yo que crece como un árbol de cristal en la conciencia del poeta: la oración de la vida escrita en el agua del espejo: yo, tú, él, cuerpos sucesivos del cuerpo infinito de la memoria mordiendo la cola de su propia melancolía. □



Alfonso Chase

La figura del poeta Alfonso Chase despierta reacciones muy diversas entre la intelectualidad local. Algunos le aman, otros le aborrecen. El se ha ganado esa reactividad, pero casi todos admiten su talento espigado, su persistencia productiva y su constante animación cultural.

Su amigo, el poeta y periodista Carlos Cortés, se aproximó a Chase de la siguiente manera, durante una charla que tuvo lugar el mes pasado en el Instituto Cultural Iberoamericano (ICI), sede del Farolito.

FORJA

190

Octubre 1993

CONSEJO DE REDACCION

Joaquín Gutiérrez

Alvaro Quesada

Carlos Morales

DISEÑO

Juan José Artavia